

La Luz del Porvenir

Gracia 21 de

Mayo de 1891.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un a.º id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRICION

En Lérida, Cármen 6, 3. En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—La mujer.

LA MUJER

I.

Siguiendo mi antigua costumbre, al dar comienzo al año XIII de LA LUZ quiero atraer sobre mi trabajo la protección divina; y no encuentro mejor oración que referir á mis lectores la historia de una mujer, que aun se halla en la Tierra, tiene *noventa y cuatro años y cinco meses*, y en tan largo tiempo ha sido un modelo de virtudes, digno de estudio y de profunda admiración.

La Providencia la puso en mi camino, y agradeciendo tan inmenso favor, no quiero privar á mis lectores de narración tan interesante, refiriendo (aunque sea á grandes rasgos) una historia que pasaría completamente desapercibida, si yo no me hubiese convertido en cronista de los pobres por consejo especial de los espíritus, que en sus comunicaciones me han dicho muchas veces:

“Pregunta, inquiere, indaga, no en las Crónicas que se escriben bajo la presión de tal ó cual ideal político-religioso, no en la historia de los guerreros y de los reyes; porque en esos libros no encontrarás mas que relaciones y hechos de los afortunados, de los que se creen elegidos de Dios, los unos por su fuerza, valor y arrojo para matar, y los otros por su omnímodo poder para tiranizar á los pueblos y dominar las conciencias. Desciende de esas alturas creadas por las ambiciones y el desconocimiento absoluto de la ley de Dios, entra en los tugurios de los pobres, pregunta á los ancianos que han hecho en su penosa existencia, y algunos de ellos te contarán verdaderas heroicidades; tiempo es ya que los pobres tengan un cronista. Escribe, que su historia vale tanto como la del conquistador mas esforzado; si un Gran Capitan sometió muchas naciones bajo su férreo yugo, el plebeyo ignorado dominó con la enérgica fuerza de su voluntad las indómitas pasiones de su alma, y fué más grande en su pobreza que el señor feudal disponiendo de la vida y hacienda de sus siervos.”

No me podian encomendar trabajo mas agradable, porque siempre he estudiado lo infinitamente pequeño: cuando he visto grupos de mendigos, he procurado con insistencia hablar con alguno de ellos, para estudiar y aprender en el lastimoso relato de sus vicisitudes.

Lectoras de LA LUZ, el mejor saludo que os puedo dirigir al comenzar el año XIII de mi humilde publicación, es deseáros que tengais tantas virtudes como la heroína de la verídica historia que os referiré.

Hace algunos meses que se me presentó una anciana de cuerpo mediano, vestida pobremente, pero con una escrupulosa limpieza; su falda no se sabe cual habrá sido su color primitivo, pues son tantos los remiendos que tiene que es imposible adivinar entre aquellos pedazos de percal, cual habrá sido el fundador de aquel modestísimo traje; pero todos tan bien cosidos, sin hilachos, sin manchas, sin desgarraron alguno, que no inspira repugnancia aquella humilde librea de la pobreza.

Sus cabellos blancos muy bien recogidos, dejan al descubierto su frente surcada por profundas arrugas; sus ojos son vivos, su nariz larga y su boca hundida; se apoya en un baston y anda con mucha dificultad por tener una pierna muy llena de llagas.

En cuanto la ví me fué simpática, y me pidió una limosna diciéndome sencillamente:

—Ayer estaba hablando con la Rosa y ésta me dijo—Ves á tal parte que allí quieren mucho á los pobres; y aquí me tiene V. yo soy mas pobre que otros muchos que le vendrán á pedir, por que tengo 94 años y ya no puedo trabajar.

—¿No tienes familia?

—Sí; tengo dos hijos, el varon es casado con seis chiquillos, él está sin trabajo y le hago estorbo á su mujer; mi hija está viuda con dos muchachas que 'el dia que comen no cenan, y en ninguna parte me quieren, porque tengo encima tres maldiciones: la pobreza, la vejez y el no poder trabajar; yo quisiera dejar á mi hijo tranquilo, que harta carga tiene con su familia. Si yo encontrára quien me pagara un cuartito estaría en la gloria, porque al cabo de mis años, es muy triste verse tratada como yo me veo; y la pobre anciana lloró con el mas profundo desconsuelo.

Me impresionó tanto su verdadera aflicción, que no pude menos de abrazarla y decirle:

—¡Pobre anciana! no llores: debe ser muy triste llegar á edad tan avanzada y no verse rodeada mas que de séres ingratos; búscate un cuartito en compañía de otra familia, y no faltará quien te lo pague.

¿Cómo te llamas?

—Francisca.

—Bueno, pues ven cuando quieras, y sobre todo no llores, no quiero verte llorar.

Francisca enjugó sus lágrimas diciéndome:—Crea V. que bien poco lloro, por que no me gusta ofender á Dios; pero es muy triste á mis años verse como yo me veo.

II.

Algunos dias despues volvió Francisca con la pretension de que fuera con ella para ver su nuevo cuartito.

Accedí á su ruego, salimos juntas, se apoyó en mi brazo y me llevó á ver su pequeñísimo aposento, en el cual pude admirar el más perfecto aseo y el mayor arreglo en los menores detalles, con su cestito de labor en el cual tenia hilo y calcetines para componer, con lo cual estaba muy contenta; porque ganaba al día, (trabajando mucho) tres ó cuatro cuartos, ¡santa conformidad! ¡santo amor al trabajo!

Han ido transcurriendo los meses, y siempre que he visto á Francisca he admirado su pulcritud y su esquisita limpieza, viviendo como vive en la mayor miseria.

Vino una mañana, y hablando de lo que sufren algunas mujeres, dijo ella:

—Crea V. que muchas se quejan por que tienen boca, ¡si hubieran sufrido lo que yo! y nunca me he quejado; por que siempre he creido que el que se queja le quiere enmendar la plana al Señor.

—¿Has sufrido mucho? ¿me quieres contar algo de tu historia?

—¿Porqué no? yo á V. la miro como si fuera mi madre y mi hija, y nada le puedo negar.

Aquí donde V. me vé, nací en muy buena casa; mi padre era un labrador muy rico, tenia muchas haciendas, y me crié teniendo criados que me sirvieran, pero trabajando tanto como ellos; porque mi madre (Dios la tenga en su gloria) decía que en trabajar está la virtud; y cuando se murió que tendria yo 14 años, sabia gobernar mi casa como una mujer de treinta. Tenía mi padre un hermano que iba con dos muletas, muy rico, riquísimo, que se empeñó en casarse conmigo; mi padre se fué á Roma para arreglar los papeles, y yo, sin poderlo remediar, cada vez que pensaba que me había de casar con mi tio, me daba unos atracones de llorar, que me ponía los ojos como tomates maduros; miraba toda la ropa que me habían hecho que era de lo mejor, solo la mantilla de blonda valía ochenta onzas, y sentía una pena tan grande, y se me oprimía el corazón de una manera, que en medio del campo me ahogaba.

—Estarias enamorada de algun muchacho.

—No señora, de nadie, yo no pensaba mas que en mi trabajo, que era mucho, porque habia de cuidar á mas de veinte mozos de labranza que todos vivían en casa, é iban bien comidos y bien vestidos de limpio, porque siempre he preferido la limpieza á todo.

Pocos dias despues de cumplir yo quince años, volvió mi padre de Roma donde estuvo dos meses, con la dispensa y todos los papeles arreglados; mi pena y mi angustia fué tan grande que mi padre reparó en ella, y una noche, despues de las diez, yo estaba hilando y él me dijo:

—¿Porqué tienes esa cara que parece que te están matando? ¿no estás contenta de casarte con el hombre mas rico de la comarca?

—No señor, le dije sin poderme contener.

—¿Que no estás contenta? cuando ni él sabe las tierras que tiene.

—Pues yo padre, preferiría vivir en la mayor miseria, ya vé V. lo que son las cosas; haría de la noche día, trabajaría siempre siempre, con tal de no casarme con mi tio.

—Pues por pasar miserias no te apures, porque desde ahora mismo las pasarás; vete á la calle, y no te acuerdes nunca de que padre has tenido; y abriendo la puerta me tiró en medio del arroyo y dió un portazo que no sé como no se cayó la casa; despues, por una ventanilla me tiró un pan, que por poco me deja en el sitio, porque me pasó por encima de la cabeza y me quedé como el que vé visiones; de esto que le cuento han pasado 79 años y me parece que aun estoy viendo la casa donde nací, la calle donde mi padre me tiró y la luna llena que daba tanta claridad que parecía de dia.

—¿Qué pena tendrías!

—En aquel momento ninguna, yo no pensaba mas que una cosa; irme muy lejos para que mi padre no me encontrara y no me obligara á casarme con mi tio, que sin poderlo remediar le tenia mas horror que al diablo. ¡Ay qué miedo me daba!

—¿Y á tu padre no lo querias?

—Ya verá V., mi padre no se dejaba querer; me trataba peor que á las criadas,

no me pegaba porque yo evitaba las ocasiones, trabajando de día y de noche hasta no poder mas, en el molino, en el horno, en la cocina, repasando la ropa, ¡qué sé yo! así es, que á mí la riqueza y la familia no me daban mas que muchos quebraderos de cabeza. Mientras vivió mi madre fué otra cosa, porque ella me queria muchísimo; conociendo el genio avaro de mi padre me hacia trabajar para evitar disgustos; muerta ella, no me quedó nadie; de manera que cuando me ví en medio de la calle, dí gracias á Dios por haberme oído y acepté todos los trabajos con alegría con tal de verme libre de mi tío. Cogí el pan debajo del brazo y me dije:—Anda Francisca, pon tierra por medio antes que sea de día; y á buen paso me fuí por la carretera al pueblo inmediato, donde vivía una familia conocida, confiando que me proporcionarían una buena casa para servir.

Anda, que anda, llegué á un sitio donde había dos cementerios, uno enfrente de otro, y allí sí que tuve un miedo!... que no pude dar un paso; los cipreses me parecían otros tantos muertos que se asomaban á la tapia para verme pasar, pensé en mi madre y hasta creí que estaba junto á mí; y como yo la habia querido tanto, aquella muerta no me dió susto, sino que al contrario, me cogí de su brazo y eché á correr huyendo de los otros muertos; y no sé hasta cuando hubiera corrido, si dos guardas no me hubiesen dicho:

—¡Eh! Francisca ¿dónde vas á estas horas?

—Me manda mi padre al molino; y seguí adelante hasta que llegué á casa de la familia que yo buscaba, cuando clareaba el día.

Me coloqué en una buena casa y allí estuve cinco años trabajando mucho, por que en las casas de campo hay que atender á muchas cosas, si se quiere tener limpieza y arreglo.

—¿Y tu padre?

—En su casa sin cuidarse de mí para nada ni yo de él.

—¿Y no te daba tristeza de estar sirviendo?

—Algunas veces sí; pero no tenía tiempo de pensar, ¿no vé V. que tenía mas faenas que horas para hacerlas? mi madre siempre me decía:

Francisca, dicen que el trabajo es el centinela de la virtud; la mujer hacendosa nunca es caprichosa, la que mucho trabaja, mucho gana, la que emplea el día en trabajar, Dios por la noche la hace descansar; y recordando sus consejos vivía tranquila y hasta contenta, porque á mí nunca me dió por bailes y romerías, las fiestas las pasaba trabajando en el jardín, sembrando, podando, arrancando yerba, esas eran mis diversiones.

A los cinco años de estar en la casa, la dueña me dijo un día:—Mira Francisca, ya sabes que tengo dos hermanos curas, uno de ellos, que vive en opinion de santo, que siempre está malo, necesita una persona como tú, vive en el campo, con el sacristan y la familia del colono; á tí que te gusta el sosiego allí estarás muy bien; mi hermano está de nones en el mundo, no tiene mas amor que los pobres, tú eres buena muchacha, trabajadora y honrada y allí estarás en la gloria ¿quieres ir?

—Lo que V. quiera.

Me dió una carta para el señor cura y me fuí caminito abajo á la Rectoría; desde que llegué hasta el sitio me gustó, la iglesia estaba en un alto, la casa del cura junto, con unas vistas hermosísimas; el Padre Jacinto leyó la carta de su hermana y me dijo:—Puedes venirte cuando quieras.

—Mañana mismo.

—Pues hasta mañana, y al otro día entré en aquel paraiso donde estuve siete años, que ha sido el único tiempo que he vivido mejor en el mundo. Y al decir

esto la anciana, su rostro se iluminó con una de esas sonrisas que ningun pintor puede trasladar al lienzo, ni el mejor poeta puede describir.

Los ojos de Francisca adquirieron inusitada espresion y lágrimas silenciosas resbalaron por sus arrugadas mejillas. ¡Cuánto decía en aquellas momentos el rostro de la anciana! sus recuerdos la reanimaban, pero se conocía que eran recuerdos purísimos; porque al decirle yo:—¿Te quiso mucho el Padre Jacinto? contestó Francisca con la mas sencilla ingenuidad;

—Ya lo creo que me queria; como queria á todo el mundo; no le digo que era un santo? él era muy rico por su casa, y toda su renta, y mucho mas la daba á los pobres. Yo siempre estaba paseándome en el carro llevando sacos de trigo á los jornaleros sin trabajo, y cargas de leña, y pellejos de aceite, y vino, y patatas, y de cuanto Dios crió; de consejos, no quiera V. saber; porque predicaba todo el dia, ¡contaba unos ejemplos para que las mozas comprendiéramos, para que todas se hicieran cargo que la mujer que pierde su honra se vé mas despreciada que las piedras de la calle, que aquello era, lo que habia que oír!...

Muchas veces me preguntaba si yo queria á alguien, para enterarse de si era buen muchacho, pero á mí no me dió nunca por tener novio, no pensaba mas que en mi trabajo, en cumplir con mi obligación, en aprender á bordar, que tenia manos de oro, y en tener el huerto y sobre todo el jardín que parecia un cielo. El Padre Jacinto me decía muchos dias:

—¿Porqué no te casas Francisca? tú harás una buena casada, tú harás á un hombre feliz.

Yo no sabia qué contestarle por que me daba vergüenza decirle:—Toma y si me caso ya no estaré aquí, y aquí me quisiera yo estar toda la vida Ningun hombre me gustaba, y eso que siempre tenía quien me rondara la puerta; y cuando estaba mas tranquila, muy bien vestida y la hucha muy llena, y en relaciones con mi padre que por fin lo encontré un dia, vino á verme y el Padre Jacinto le echó un sermon que le puso como nuevo. Y cuando estaba yo en aquel rinconcito no pensando más que en llevar socorros á los pobres, le mandaron al padre Jacinto una medicina de Barcelona y me dijo él:—Prepárame el té Francisca; le llevé la taza, echó en ella tres gotas de la medicina, eché un poco de té, se lo bebió de un sorbo y de pronto dijo:—¡Ay que me muero!

—¿Cómo te quedarías tú!

—No perdí la serenidad; por si estaba envenenado le hice beber aceite en abundancia, vinieron médicos, ¡qué se yo! el pueblo entero; vivió 24 horas rabiando como los perros ¡pobrecito! decía que se le quemaban las entrañas, murió en mis brazos, rodeado de muchos pobres que lloraban y decian: ¡Ya se murió nuestro padre!

Salí de aquella casa con una tristeza tan grande!... que no hacia mas que llorar, ni cuando se murió mi madre tuve tanta pena; me fuí á otra casa de campo muy lejos, y allí, el amo que era viudo con hijos, y bastante rico, se empeñó en casarse conmigo, si yo me queria casar con él; se habia prendado de mi honradez, por que su casa tenia muy mala fama; era cosa sabida que las muchachas que entraban en ella ya no servian para mujeres honradas; y yo dije ¿sí?.. ¿esas tenemos? pues yo me estaré aquí si me acomoda y nadie podrá decir que me ha mirado con malos ojos; uno se atrevió á decirme palabras que no me parecieran de recibo, le tiré una botella que tenia en la mano con tan buena puntería que le costó perder un ojo, y desde aquel dia todos me miraron con mas respeto que á las hijas del amo, que se prendó de mí y se queria casar de prisa y corriendo; pero yo le dije:

—Por ahora no pienso casarme: Dios no me llama por ese camino, él se incomodó de mala manera y yo entonces me fuí á mi casa, porque mi hermano mayor se habia casado, su mujer estaba muy mala y mi padre me pidió que fuera á cuidarla.

Uno de los trabajadores que había en la última casa donde serví, que nunca me había dicho buenos ojos tienes, se presentó un día en mi casa y me dijo:

—Francisca, soy muy pobre, viudo con dos hijas pequeñas y mi madre baldada hace muchos años; ¿te quieres casar conmigo y harás una obra de caridad?

Yo que para decir que no, siempre estaba dispuesta, me quedé mirando á Juan y no supe qué contestarle; él entonces le habló á mi padre y al mes nos casamos.

—Por fin te enamorastes.

—No señora, yo no me enamoré, me casé con Juan por que sin duda era mi destino hacer mucho mas que casarme, que era cuidar á enfermos que no tenían cura. Cuidé á la madre de Juan como hubiera cuidado á la mia; si le decian á ella ¿quién era Dios? contestaba que su Francisca; murió en mis brazos bendiciéndome, las hijas de mi marido no echaron de menos á su madre, tuve cinco hijos y con todos por igual repartí mi cariño, á todos los hice aprender de letra, y me lo quitaba de comer para pagar al maestro.

—¿Y tu marido fué bueno para tí?

—Todo lo que él podía; treinta años vivimos en gracia de Dios, pero como nunca faltan mujeres que llevan el demonio en el cuerpo, vino una mujer á la vecindad, entió y salió en mi casa con pretesto de darme trabajo, y no fué mal trabajo el que me dió; porque desencaminó á Juan, se lo llevó con ella, estuvo algunos días fuera de casa, y cuando volvió me dijo:—Francisca, yo no sé qué tengo, pero estoy muy malo.—No te apures hombre, le dije yo, no te apures, yo te cuidaré, yo te prometo que no irás al santo hospital. Y enfermedad fué, que no volvió á levantar cabeza ¡veintidos años le tuve enfermo!... el mal que tenia se le fué comiendo poco á poco y los médicos del hospital que eran los que venian á verle se hacian cruces de que alargara tanto; pero yo le cuidé á conciencia; le tenia más limpio que el ampo de la nieve; á los quince años de enfermedad, el mal ya le había comido los ojos, la nariz, la boca, y por un agujero que le quedó entre las cejas le daba con una cucharita de marfil, leche, caldo, y las medicinas que mandaba el médico: la cabeza se le abrió, parecia un mónstruo, no parecia persona, daba horror mirarle, con una peste que le echaba la cara y todo él, que no se podia resistir, y eso que ropa y trapos de hilo, no le faltaban nunca limpios y bien zahumados; tres años antes de morir perdió el habla y las últimas palabras que dijo fueron estas:

¡Qué desgraciada eres hija mia! me parece que aun le oigo y le veo, lo mismo, lo mismito que si ahora estuviera aquí ¡qué horror! y Francisca hizo un movimiento de espanto.

Los médicos empeñados en llevárselo al Santo hospital y yo le dije al mas viejo:—No señor, si le pude aguantar treinta años sano, bien le puedo aguantar veinte enfermo; la mujer que se casa, ya se sabe que está á las duras y á las maduras, tiene que cuidar á su marido y Dios me manda que cumpla con mi deber, cuando un marido me dió.

—Pero si V. se va á morir antes que él me decian, por que se está V. matando. Y era la verdad, por que de día y de noche siempre estaba cosiendo los ratos que él dejaba libres para ganar nueve ó diez pesetas á la semana, porque su enfermedad acabó con todos mis ahorros, mis ropas, mis alhajas, llegamos á no tener mas que la cama donde él, se acostaba, pero no le desamparé, y el pobre Juan mu-

rió en mis brazos apretándome contra su corazón: no tenía ni lengua, ni ojos, pero conservaba todo su entendimiento y á nadie quería á su lado mas que á mí.

Uno de los médicos que ni un día dejaba de venir, (á estudiar como él decia,) me puso 25 duros encima de la mesa en el momento que entró y vió que Juan se habia muerto, diciéndome: ahora traerán una camilla y se llevarán el cadáver y V. se remedia con ese dinero y hace un bien á la humanidad, porque estudiaremos en este cuerpo la enfermedad más rara que han visto los nacidos.

—Guárdese V. su dinero y déjeme en paz; porque soy pobre ¿quiere V. que yo haga una judiada? Yo quiero enterrar á mi marido como Dios manda y poco he de poder ó tendrá su nicho para que nadie le toque. Ea, á la calle todo el mundo y planté en la escalera al médico, cerré la puerta, vestí á mi marido, encendí dos lamparillas y le dije á mi hijo: En Barcelona falta gente. Cerré el cuarto con llave, encargué á las vecinas que estuvieran á la mira, y me fuí á casa de Lopez, ese señor tan rico que hasta lo hicieron marqués, pues ese señor, queria mucho á mi marido, que lo habia tenido de mozo en su despacho muchos años; desde que nos vinimos á Barcelona, nos pagaba la casa desde que cayó enfermo, y cuando me vió entrar llorando me dijo:

—Mujer no llores, que Dios te ha venido á ver si el pobre de Juan se ha muerto.

—No lloro por eso señor, y le conté lo que querian hacer los médicos.

—Yo te prometo que á tu marido no le tocará nadie, ya le tengo comprado el nicho, le pondremos en una caja de plomo, con tres lápidas, una de hierro, otra de ladrillo y otra de piedra, con su segundo nombre nada mas, y tú lo verás enterrar, para que te quedes tranquila; que tu buen comportamiento merece que tengas esa triste satisfacción.

Así se hizo, no me separé de mi marido hasta que lo dejé enterrado, seguí trabajando lo que pude, hasta que los años, la miseria y los disgustos con los hijos, me han dejado que ya no sirvo para nada; ahora solo le pido á Dios que me quite la vida; ¡pesan mucho 94 años! y pesan mas todavía las ingratitudes de los hijos! Ellos han visto lo que yo hice por su padre y ahora me dejan abandonada; si no fuera por V. y otras buenas almas, me moriria de hambre.

—No lo creas, (la dije con verdadera inspiración,) podrá faltarte el amor de tus hijos, pero la recompensa de tus sacrificios, eso jamás. La persona mas pobre, la mas desvalida, verás que se quitará el pan de la boca para dártelo á tí; no por que sea mas buena que los demás, sino para demostrarte que Dios tiene muchos caminos para salir al encuentro de sus hijos.

La mujer que se casó sin amor, y fué un ángel de consuelo para una pobre paralítica, y una madre para dos huérfanas; la que herida en su dignidad de esposa honrada, se conformó con una viudez anticipada convirtiéndose en una verdadera hermana de la caridad, ejerciendo tan difícil cargo 22 años sin exhalar una queja, cumpliendo con su deber hasta dejar guardados los restos de su marido, de tal manera que no los pudieran profanar, ¿crees tú que puede morir de hambre y de frio? No Francisca, no; las piedras para tí se volverán panes, y las personas mas indiferentes, sentirán por tí profunda simpatía y te ayudarán á llevar tu pesada cruz.

¡Tú, abandonada á los quince años!... conservando tu honra inmaculada, luchando en la posición mas humilde y mas difícil, sin mas anhelo que tu trabajo, entregada á tus propias fuerzas; tu actual existencia es de inmenso provecho para tu espíritu. No temas por los años que puedes estar en la Tierra; nunca, nunca te

faltaré un alma compasiva que se acuerde de tí, y parta su pan contigo.

Francisca se sonrió tristemente, diciéndome: Crea V. que solo deseo morirme ¡he sufrido tanto! nadie me ha querido de veras mas que mi madre y el Padre Jacinto: los dos me daban los mismos consejos, los dos me apartaron del mal camino, los dos me enseñaron á amar á Dios, y á ser una mujer honrada.

El semblante de Francisca se iluminó de nuevo con una sonrisa divina; ella, entregada toda su juventud á los trabajos mas rudos: no pudo darse cuenta de lo que sintió su alma, pero yo he leído en sus ojos lo que ella ha ignorado siempre; ¡una historia de amor! ella amó y admiró al Padre Jacinto; mujer casta y buena, al verse respetada y aconsejada por aquel hombre que inspiraba general admiración por sus evangélicas virtudes, le amó castamente, y aun aquel amor purísimo la hace sonreír, sin saber ella porque.

He aquí una mujer que puede servir de ejemplo para imitar su digno proceder; prefirió la miseria á pronunciar un juramento en falso; se vió sola en este mundo á los quince años, se dedicó al trabajo y á él consagró toda su juventud. Cuando estuvo en contacto con un alma buena y piadosa; imitó sus actos y corrió afanosa á consolar á los pobres; ella entonces fué feliz sin conocer, sin adivinar la causa de su felicidad; despues, cuando un hombre le dijo que podia hacer una obra de caridad, casándose con él, la que despreció dos maridos ricos se unió á un jornalero para cuidar á una pobre anciana paralítica; como esposa no ha podido cumplir mejor su gran misión, y en todas sus conversaciones demuestra un admirable buen sentido.

Yo tengo una verdadera satisfacción cuando la veo y me refiere detalles de su larga vida; en medio de su sencillez tiene rasgos tan dignos, tan enérgicos, que muchas mujeres podrian darse por satisfechas si se asemejaran á Francisca.

III.

¡Cuánto hay que aprender!... no en los libros precisamente, sinó en la humanidad; cada ser es una biblioteca andando, cada existencia es un volúmen, ¡dichoso el espíritu de la pobre anciana que ha escrito en esta existencia páginas tan admirables!

Hoy solo desea morir, y tiene clara intuición de que se vive despues, porque siempre me dice: Cuando rezo por mi marido, rezo tambien por V. y hasta despues de muerta rezaré; no la engaño no; muerta y todo rezaré por su alma.

¡Cuánto he aprendido hablando con esta mujer!... Dios quiera que me cumpla su palabra, ó mejor dicho, Dios quiera que mi progreso me conceda que tan noble espíritu se acuerde en el espacio de la cronista de los pobres.

Amalia Domingo Soler.

PENSAMIENTOS

El Espiritismo viene á edificar.

La verdadera religión es la verdad.

Los templos no dan calor á el alma.